



EL CUERNO



Número suelto
5
céntimos

Dirección, Redacción y Administración:
Conde Duque, núm. 10.—Madrid
La correspondencia al Sr. Administrador

“Delenda est Cartago,”

SUSCRIPCIÓN: Madrid, 0,75 pesetas trimestre. Provincias, una peseta

Anuncios á precios convencionales

Número suelto
5
céntimos

Por la indole especial de esta publicación, se recomienda que tengan todos los buenos patriotas especial cariño á “El Cuerno”

¿QUO VADIS?

España.—Ahí va EL CUERNO.
Prensa.—¿Qué es EL CUERNO?
—Un periódico cuya publicación exijo.
—Pero... ¿ese nombre?
—Lo impongo... ¡EL CUERRRNO!
—¡Dale con EL CUERNO! ¿No comprendes, patria mía, que el título ese resulta cornudamente horrible?
—Pues ese título.
—La Prensa no mete en su diccionario EL CUERNO.
—Entonces yo meteré EL CUERNO en la Prensa.
—Vaya, vaya; no más broma... Y ¿de qué periódico se trata?
—Muy sencillo. De un modestito semanario que, sin la hoja de parra, sale...
—¿En cueros?
—No, amada Prensa, no; sale como el valiente Catón, de Roma... ¡Delenda est Cartago!
—Luego... ¿es anarquista?
—Tampoco. EL CUERNO quiere la regeneración española.
—¡Hola! Parece que me intriga todo eso.
—A mí me inquieta.
—Basta de misterios, España. ¿Quiénes andan EL CUERNO?
—Todos los toreros que pasaron á mejor vida.
—¡Cáspita! ¡Estás loca, pobre España!
—Nada de locuras. EL CUERNO se debe á los cuernos, el Tato y Pepe-Hillo.
—¿Volvieron al mundo?
—Para bien de los vivos.
—Oye, España. La Prensa, amable de oírte, te ha escuchado con benevolencia, y ahora... va de serio... ¿Es Canalejas el creador?
—¿Qué disparate!
—¿Romanones?
—Pierdes la muleta; el conde no sabe de EL CUERNO nada.
—¿Los jesuítas?
—No quiso el padre Hidalgo.
—Maura... ¿tampoco?
—Le sabrá á ensaimada dura.
—¿La Cierva?
—EL CUERNO y las astas no son iguales.
—¿Montero Ríos?
—No insistas más, es inútil. La cuna de EL CUERNO se ignora.
—Pues yo la presumo.
—Mucho decir es, y venga tu presunción.
—¿Quieres que te la esponga?

—Sí.
—Pues la marquesa de Squilache te lo dirá.
—¡Ave María purísima!
—Vamos, España; que la cuna de EL CUERNO me huele á perfume aristócrata.
—Puede ser.
—Y Gedeón... ¿la conoce?
—Pregúntaselo á Luca de Tena.
—Cada vez lo entiendo menos.
—Ya lo entenderás poco á poco.
—¿Y qué fin te propones al entregarme EL CUERNO?
—Que lo publiques y saludes en mi nombre á los tuyos.
—¿Con qué programa?
—Con uno: el de la verdad en todas sus partes. EL CUERNO se vende á cinco céntimos nada más.
—En fin... ¡Venga EL CUERNO! ¡La Patria lo quiere!
—Toma EL CUERNO, Prensa querida. Desde la Corona hasta el barrio de las Injurias, los cuernos en España son apreciados. Los del toro que mató á Espartero, valen un tesoro. Y sentirán los efectos corníferos los malos patriotas, te lo aseguro. Al tiempo.

Desde el Palacio real á los fondos del Averno, ha de recorrer EL CUERNO toda la escala social.



Cuentos de antaño

El rey de piedra descende de su pedestal. La plaza de Oriente se le antoja plaza del Ocaso, y en este mes de los muertos ha de ver el mundo de los vivos.
Tres Felipes reales conoce la Historia. Felipe el Atrevido, Felipe II y Felipe Igualdad. De los otros no hablo, porque no conviene. En España, uno, el Hermoso, volvió loca á su mujer. Otro, el Piadoso, transformó el desastre de la Invencible en rogativas y oraciones. Quedaba el cuarto, grande como los hoyos, y del quinto no hablaremos, pertenecía á los Borbones.
Conocí á otro Felipe; no era rey, se llamaba Ducazcal y le dió la ocurrencia de fijar en el regio alcázar aquellos pasquines: ¡Abajo la raza espúrea de los...! ¡Qué iniquidad! En fin; este Felipe no era rey, y murió monárquico. El arrepentimiento lava la culpa.
Y volvamos al cuentecito.
El rey de piedra, invisible como el Comendador, va derecho á la que fué su casa. Goza por momentos de la vida y ha de aprovechar los

instantes. Cree encontrar arqueros en la puerta, y halla soldaditos. No importa. Traspasa los dinteles y no le ven. Coches, automóviles... ¿Qué es esto?... Nadie le responde. Invisible, duda. Ha entrado por la puerta del Príncipe y se le ocurre que el rey de dos mundos no debe entrar por puerta tan pequeña. Vuelve sobre sus pasos, teme por su grandeza... vacila... y dando por sancionada la costumbre, asciende, salva los peldaños de la gran escalera. En vez de las botazas de Flandes distingue los diminutos pies de otros guardias... ¡O tempora! ¡O mores! Cruza un magnate con título de islas sonoras como el piar del canario. Apenas si el flamante general, con honores de príncipe de milicia, oye las pisadas firmes del soberano pétreo. Pequeño como Togo, aquel caudillo de la trocha de Júcaro á Morón, marcha presuroso, y con ceñudo semblante, cual si aguardara la dimisión de Canalejas, se retira con ansias de regreso.

¿Le ha visto el rey de piedra? Sí; le ha mirado, y entre el héroe de Barcelona y el marqués de Santa Cruz notó diferencia suma.

Sigue subiendo, y sin permisos, que jamás necesitó para sentarse en su sillón del coro, allí en El Escorial, desde cuyo rincón miraba los dos continentes, haciendo temblar á dos mundos, penetra en suntuosa estancia, donde bullen gentes elegantes, emociones raras; sueñan cabildeos; míranse unos á otros, y el que entró antes mira con temor al que después viene... ¡El egoísmo es la antesala de la realeza!
Y el Rey Prudente se ríe de la imprudencia. Cruza veloz y avanza... ¡El Rey!... ¡El Rey!... ¿Qué rey? ¿El muerto ó el vivo? No; el vivo, el gallardo joven de Mouriscot, que salvó los abismos de Trafalgar para unir en himeneo santo la derrota con la Victoria. ¡Y qué Victoria! La de Lepanto fué con sangre. La de Mouriscot se obtuvo con las caricias de Eduardo VII. El monarca pétreo se detiene. ¿Qué hacer?... ¿Volverá á la vida para estrechar entre sus brazos al que en el materno claustro unió las dos casas reales?

En aquellos minutos tiembla el alcázar. Ya no existe aquel Antonio Pérez que supo enredarlo todo. Ni vienen de Flandes los bárbaros del Duque de Alba. Felipe II se abstiene. Ante la simpática figura de un monarca joven, reprime su altivo carácter el heredero del cenobita de Yuste. Ha visto á otro magnate... «¿Quién es?», se pregunta. Y oye al rey jovencito: «¡Canalejas!»

La sombra, aquel rey de piedra, aquel enviado del otro mundo, que ha visto con la mansedumbre de la muerte entrar en otros días, no lejanos, al vencedor de Alcolea por aquellos sitios, frente á su estatua, y pidió permiso á Dios para desplomarse sobre el ingrato súbdito de Isabel II, no cree necesario tocar con su mano fría la candente mano del sucesor de Moret. Corre veloz, se ve perdido... ¡Ay, si le descubren! Pero no... la muerte se abre paso entre la vida, y los muertos no se sienten, no se ven. Sale presuroso. Las alabardas sueñan; otros vienen; aquello es una confusión, un desorden... ¡El silencio de El Escorial no reina! ¡Qué de perfumes! ¡Qué de ruido! Los pechos pade-

CORNADAS

cen con el macizo de las condecoraciones. La grandeza española abrumba. Este pueblo no padece, no sufre. Los embajadores se quedan tamañitos. ¡Qué lujo! ¡Qué riqueza!... «¿Quién es aquél?» «Fues el general Primo.» «¿Qué primo?» «No; es Primo de Rivera.» «¿El de Lácar?» «Sí; el de Lácar.» «¿Y el otro, el pobre, que llega jadeante?» «El general Azcárraga.» «¡Vaya, pues prueba el generalato!» «¿Y aquella dama? ¡Oh, las damas!» «Es la marquesa de Squilache, que sostiene el abolengo del ministro de las capas y de los chambergos y da la *sopa del Ave María* á los pobres.»

—¡Basta!—dice el austero monarca pétreo. Y descende por la escalera hermosa, horrorizado, angustioso; cruza el dintel; echa su mirada última á los sucesores de los tercios de Flandes, y de *cuclillas* en el espacioso ángulo de la fachada regia permanece unos momentos... ¡se siente mal! Cuando termina su reposo, prorrumpie en siniestra carcajada. Ha visto á su compañero Ataulfo que, con permiso del Eterno Dios, también descendió de su estatua y entra en Palacio.

El austero Don Felipe vuelve á su pedestal con actitud airada y dice:

—¡No vuelvo más al mundo de los vivos! Para ver eso... ¡que lo contemple el rey godol!

CAPITÁN NEMO



Un obsequio al P. Fita

¡Gran Museo nacional!
que se ofrece al padre Fita,
preciosas antigüedades.
¡Colección variada y rica!
El casco de Don Rodrigo,
una trenza de Florinda,
las babuchas de Tarik
y un gorro del rey Don Sila.
De Alfonso primero, el cinto,
de Doña Urraca, una tina,
de Don Jaime el espadón
Y del César las encías.
Un dedo de Boabdil,
las narices de su prima,
la peluca de un rey tonto
que en testamento escribía:
«Ese pelo soberano
lo destino al padre Fita.»
Un cigarro de Frascuelo,
las botas de insigne diva,
y un guante del padre Hidalgo
que dejó entre sus cenizas
cuando la Guardia de Honor
en San Martín dirigía.
Todo se vende, por poco.
Y sepa usted que vendrían
á comprar esas monadas
hasta del Japón y China.
Hay también una moneda
que el padre Garzón tenía
y se la dejó olvidada,
por el tiempo ya prescripta.
Era del César Tiberio;
conque, vaya, padre Fita,
eche mano á su bolsillo
y para su gloria y dicha,
lleve tamaño tesoro
á su noble Compañía,
que en la calle de la Flor
de todo se necesita,
y si no tiene dinero...
pasan por la sacristía
unas devotas que... vaya...
disputarán en seguida
por complacerle, y al punto
tendrá dinero á la vista.
Y si no... el padre Garzón
ó alguno de su familia
le sacará del apuro,
y á comprarlo, padre Fita.

•••••

Con la *Gaceta del Norte*
El Debate se ha casado.
¡Un matrimonio sencillo!
Es peligroso el consorte
con el piso que ha ocupado
en la calle del Barquillo.

El conde de Romanones
aprendió en los patrios lares,
á convertir los millares
en seguritos millones.

Dicen que es cuento de viejas
lo que afirma Canalejas
de arreglarnos lo de Francia,
porque hay enorme distancia
desde la calle á las tejas.

La condesa de Sastrón
se enamoró de Pachón,
haciéndole camarero.
En aquel palacio austero
¡imperla la devoción!

En España la instrucción
alcanzará perfección
con las dotes de Jimeno;
pero dice que está lleno
el programa de... turrón.

De marquesas, sé de alguna
que es una solemne tuna,
y con esta consonante
sale su nombre al instante
más claro que su fortuna.

Currita Albornoz, en broma,
fué á pedir perdón á Roma,
y apurando hasta las heces
la salsa de *Pequeñeces*,
se lo dió el padre Coloma.

Azucarillos, anises,
mazapanes y turrón,
lenguado frito y jamón,
reparte el padre Garzón
á sus simpáticos luises.

Hombres listos y ladinos,
se reparten la riqueza
y discuten los destinos
de la española grandeza,
jesuitas y agustinos.

Conozco tres socialistas
que colocan sus millones
en cartas muy poco vistas.
Las pesetas de las listas
las guardan los campeones.

Liberales conservados
y libres conservadores...
¿Quiénes serán los mejores?
—Todos muy buenos y honrados
y con los mismos colores.

Me decía cierta chula
que para que nadie pula
de La Cierva la honradez,
la guarda en un almirez
el diputado por Mula.

Los que quieren en invierno
resguardarse contra el frío
y comer un bollo tierno,
vayan sin temor á EL CUERNO,
que ofrezco á ustedes y es mío.

Los académicos van
á procurar con afán
que no caiga en saco roto
el comprometido voto
de Emilia Pardo Bazán.

Para que EL CUERNO se venda,
es cuestión de dar dinero;
¡la necesidad se explica!
EL CUERNO tiene su tienda
y se vende al mundo entero
por una perrilla chica.

El tunante de Fernando
es un tuno muy chistoso,
y Weyler le irá calmando
prometiéndole que á Barros
á EL CUERNO le van mandando.

¡Oiga usted, doña Joaquina!
En la Cebada he oído
gritar EL CUERNO, vecina,
y lo ha comprado Justina
para darlo á su marido.

Pero, señor, cuántos lios
tiene en su casa el gallego:
con tuyos, suyos y míos,
cargará con todo luego
el señor Montero Ríos.



Gritos de rabia

Pero, señores; ¿cómo se arregló el Japón
para dar la *castaña* á Rusia? ¡Y hombres tan
pequeños! ¡Si parecen hongos! Es verdad que
pequeño fué Alvarez, é inmortalizó su nombre
en Gerona. Pequeñito Cabrera, y se hizo notar
en Madrid. También es corto Weyler, y la célebre
trocha de Maceo resultó bien larga. Y pequeño
es EL CUERNO, y va á dar un que sentir.

Siempre me han gustado los nipones. Con
los ojos torcidos miran derecho. Conocen á la
perfección las barbas de los rusos, y se meten
como las hormigas, en todas partes. Conoció á
un japonés que fué *barbero* en un buque de
guerra alemán. Afeitaba con primor y, si muy
fidedignos informes no engañan, echó á pique
dos torpederos rusos... ¡Qué bromista! El *bar-*
berillo era un espía de los adelantos náuticos
en Alemania. De allí pasó á Rusia y llevó á su
patria unos estudios que, con el tiempo, ha-
bían de transformarse en certeros cañonazos.
Y de los buques japoneses... ¿qué?—Pues
no se les conoce. Las escuadras niponas huyen
de los puertos europeos. ¿Y los marinos?
¿Dónde está Togo?

¡Y qué programita se traen los del Sol Na-
ciente! ¡Nada! Vencieron á Rusia, sublevaron
China, construyen acorazados y... ¡á vivir!
Dicen los *magos* que en la India inglesa se
huele á pólvora. ¡Estaría bueno que á Ingla-
terra le saliese el *sabañón* de Asia con una
bromita! A raíz de la derrota rusa, Albión apre-
suró la alianza con los *japonesitos*, y los nipo-
nes la aceptaron. ¿Por qué no? Los protocolos
se rompen en el campo de batalla cuando así
conviene. ¡Qué gentecilla! Huelen la caza y
dan ciento y sobra á los diplomáticos europeos.

En *guasita* son tremendos. Se burlan de to-
dos. Creen que el mundo se divide en tres zo-
nas: la asiática, la europea y la americana. Asia
para el Japón; Europa, para Inglaterra... y el
Japón, y América, para los Estados Unidos y...
¡el Japón también! En este juego de naipes apa-
recen cuatro reyes: el de oros es inglés; el de
copas, ruso; el de bastos, Austria; el de espá-
das, Alemania. Quedan de sotas Italia, Tur-
quía, España y Grecia. Y caballos, los demás.
¡Bonito juego! Creíamos que el rey de copas
sería para los españoles; pero, no; resulta ser
el ruso. Y los nipones quieren el *tute* comple-
to. Al inglés, quitándole el oro, queda listo

Bazar de "El Cuerno," Lamentos cornudos

A Rusia le rompen la copa, y suyo queda. El de bastos se hunde en Hungría, y el Japón carga con él. El espadón de Alemania hace de Adamastor, y del cabo de las Tormentas se va al Sol Naciente. Las sotas siguen á los reyes, y asunto concluido.

Pero, señor; si dicen..., aunque yo no lo creo..., que en el Rif hay nipones, y Francia y España entretienen allí sus energías, que Togo mide por amor al arte.

EL CUERNO tiene un mapa chistoso. Lo encontró en el ataúd de un japonés. Aparecen en él tres fajas—amarilla, roja y azul—, y la traducción dice: «El Japón, Inglaterra y Estados Unidos».

De las repúblicas no se cuida el Japón. Tiene odio al gorro, frigio. La zambra norteamericana terminaría en *debacle*. México, Argentina, Chile, el Brasil..., etc., son perlas que, puestas en la corona, no irán mal. De Africa no hay duda. Los gorilas y los nipones son amigos. Los republicanos, en el mundo, forman un juego de ajedrez, y los japoneses entienden á la perfección ese juego.

Alejandro Magno quiso conquistar el mundo, y el mundo lo aplastó. Julio César fué asesinado. Napoleón Bonaparte era un bruto. La monarquía universal, puesta como mito, puede ser un problema, que, con la mirada torcida, se resuelva como Edisson ha resuelto sus lámparas.

No lejos de Tokio, un muchacho nipón jugaba al billar. El mingo era Inglaterra; la bola de saque llevaba un sol; la del contrario representaba el mapa del mundo. ¿Lo entiendes, Benito? Recomiendo la carambola á Canalejas.

Cuando en la soledad de mis estudios, con EL CUERNO á la vista, pienso en las geológicas ocurrencias de los nipones, iría con agrado á su país para decirles: ¿Queréis ir á EL CUERNO? ¡Ah, tunantes! Mientras Europa bulle como vieja histérica, y el continente americano come guayaba, los japoneses asisten en calidad de camareros al banquete mundial. Oyen, callan y laboran. Ese es el mejor programa político de un pueblo que marcha caminito de su gloria.

Las colmenas del Japón rebosan de rica miel. Las abejas liban en el mundo diplomático el néctar de la astucia, y lo depositan allí.

La llave del Atlántico no es segura. Inglaterra hizo su juego con Francia para cerrar la línea, porque los puertos españoles y portugueses son lo de menos. Y la orgullosa Albión dió su beso de amores á la República, haciendo frente á los gestos bélicos del kaiser. Pero ¿qué puede la línea del Atlántico para cerrar esa zona si en el imperio colonial estalla el torpedo nipón? Acaso el más tremendo disparate de los estadistas ingleses sea el insigne triunfo de la picardía nipona.

Mientras se forma la nube, Europa ríe y América se divierte.

Las risas y diversiones son preludeo del cansancio y del sueño. ¿Que Italia y Turquía combaten? Pues á ver del festín lo que queda. ¿Que en Marruecos se compromete el equilibrio europeo? Ya vendrá otra papa como la de Algeciras. ¿Que en las repúblicas americanas las sublevaciones siguen la orden del día? ¿Que importa? ¿Que Alemania cuenta sus ejércitos y pregona el número, como yo hacía cuando era chico con mis soldados de plomo?... ¡Adelante, diplomacia europea..., adelante!

Os diré por hoy, aunque no debiera decirlo, pero EL CUERNO manda, que el mundo político se me antoja un enorme corro de conejos que se reúnen, se separan, juegan, corren, mientras el cazador, oculto en la espesa enramada, preparando está sus hurones para esparantar la caza, correrla á sus madrigueras, y allí, uno á uno, hurón aquí y hurón allá, ni un conejo ha de escaparse á su tremenda astucia.

(Se continuará.)

De todo se hace almoneda que resultará barata.

Objetos ricos, de mérito, antigüedades de España.

Don Alejandro Pidal encontrará aquí una ganga y hasta Menéndez Pelayo será cliente de la Casa.

Anuncio, señores míos, lo que va á entrar en subasta:

Un trozo de piedra azul de las ruinas de Numancia, que al frotarla con un paño echa chispas, llamaradas; medio casco de Scipión, el otro medio le falta porque lo compró un inglés para tener ¡cosa rara!

la mitad de la cabeza de aquel vencedor de Zama.

Un hueso de la nariz de la reina Cleopatra, que nos trajo Octavio Augusto como muestra de su hazaña.

Un escudo de Petronio y aquella célebre escala que aplicó en Sagunto Aníbal para saltar la muralla.

*

**

De modernos y que valen figuran en la subasta:

el bigote de Don Carlos

¡el héroe de Vergara!

Una pipa de Maroto, un guante de Doña Blanca, la pistola de Espartero y tres boinas encarnadas.

Dos botones de Serrano, de la Patti unas enaguas y de Narváez dos puños de tela fina de Holanda.

Una perla de Isabel, otra perla de su hermana; una sortija de Prim y una oreja de Posada.

Cuatro ó cinco miriñaques que muchos secretos guardan para que Ursula López los luzca en «Casta Susana».

Unas medias de Carnot que en París se valoraban en mil francos cada una por ser de materia extraña.

Y unos rizos que cogieron en el tocador de Eulalia para tener de su gusto esa prenda inapreciada.

Todo se vende barato; acudid á la subasta.

¡Vayan, señores, á EL CUERNO, que les ofrece una ganga!

En la próxima almoneda, quiere adquirir esta Casa la linterna de Diógenes, que nos hace suma falta para ofrecérsela á Weyler en nombre de nuestra España.

Y si el general no quiere adquirirla en la subasta, el conde de Romanones de seguro nos la encarga para buscar con su luz los tesoros de la España, y convertirlos en pan, que á entender en las hornadas, sabiendo fabricar oro, al buen conde no le ganan.

Se había lanzado la candidatura de EL CUERNO para las próximas elecciones concejiles, porque EL CUERNO hace falta al Municipio como poderoso auxiliar en las gestiones altamente morales de los ediles. Y á punto de imprimirse las *consabidas* proclamas, se recibió el siguiente telegrama de la dirección cornifera: «Zaragoza, 28 (16).—Prohibida la candidatura. No meta EL CUERNO en lucha concejil. Detalles correo.—Pepe-Hillo á Montes, jefe redacción.»

¡Qué lástima! Nuestro deber es la obediencia. Por cierto que á cargo de la Empresa Cornuda quedan: factura de sastre, levita, chistera, frac y botonadura de oro, pues el equipo del novio estaba completo. Ya empezamos por pérdidas... ¡Ah! Y el bastón de mando... En fin, otra vez será. EL CUERNO contaba con 25.829 votos... Y estaban dispuestos á mandar á EL CUERNO á todos los amantes del voto libre.

*

A su entrada en Madrid, EL CUERNO, como buen provinciano, quiso tirar de la manta por esas calles. Vió á los señoritos y no señoritos *flirtear* muchachas, acosarlas, perseguirlas, y hasta oyó frases de aquellas que Menéndez y Pelayo tiene prohibidas. ¿Qué hizo EL CUERNO? Meterse con una manola de rompe y rasga, contonearse á su lado, admirar la blancura de su tez y, de buenas á primeras, recibió una *guantada* de la Dulcinea, que por poco le vacía la boca. Y EL CUERNO se lamenta con razón de esa brutalidad, cuando es el único que la ha recibido, pues ellas y ellos, por esas benditas calles, ¡buena ponen la moralidad en la vía pública!

*

Otra desgracia cornuda.—Va EL CUERNO al Ministerio de Estado, ávido de emociones reporteriles; entra flamante, pide por el ministro. «¡Allí está», le contestan. Y se mete de rondón hasta dar de narices con los galones de un portero. «¿El ministro?», pregunta. «¿Quién es usted?», le interroga el *nomintero dorado*. «¡EL CUERNO!», contesta. Y aquel portero le manda al ídem y le arroja por la escalera. EL CUERNO deplora esta *demasia porteril* y le duele que á un novato en la Prensa, á un *chico de la ídem*, como se les llama hoy, le pongan la bota en cierto *sitio* los porteros, cuando su único interés era ofrecerse como EL CUERNO al ministro de Estado y tener una *interviú* con el marqués de Alhucemas. ¡Oh! Los principios, el *debut* de EL CUERNO en la vida periodística es atroz.

Y el objeto de EL CUERNO era también pedir á García Prieto el protocolo de Algeciras, porque lo quiere examinar *Frascueto*.

*

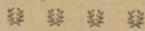
Más desastres.—¡Está Madrid imposible! En algunas capitales de provincia, por las vías públicas, la gente sigue la derecha y así transitan con facilidad. EL CUERNO, que se ha educado en *pañales limpios*, seguía la acera derecha en la calle del Desengaño, con dirección á la de la Luna. Da con una *señora* que le obstruye el paso. «¡Señora, dispense, voy por la derecha!» «¿Quién es usted, *morrallón*?» «¡Uf, qué pregunta, mujer! ¡EL CUERNO!» «¡Ja, ja, jaaa...! ¿EL CUERNO? Pues EL CUERNO ¿por dónde va?» «Señora, por la derecha.» «No, imbécil; va por derecha y por izquierda, y... ¡tome usted, desvergonzado...!» ¡Zas!... Suenan una bofetada... ¡Pobre CUERNO! ¡La segunda del día!

Y EL CUERNO, á costa de su cutis, sabe ya que en Madrid van los cuernos por la derecha y por la izquierda.

*

Sigue la racha.—EL CUERNO no es del todo feo. Algo de provinciano, pero... ¡vaya! Anoche ocurrió la escena en la calle de Carretas. «¡Adiós, pollo!», le dicen. Se vuelve para contestar al saludo atento, y da su rostro con una

CÚCHARES



Ayuntamiento de Madrid

huri del mismísimo Profeta. EL CUERNO ignora la trata de blancas y se quedó... ¡tamaño! «¡Señora—dice—, no tengo el honor de conocerla, pero quedo tan agradecido!» La venus le contesta, accionando un poquito: «¡Anda, tonto! Vente á jugar á damas, con café y media suela de abajo... ¿Oyes, chipén?» «¡Café y mediaaaa suela... damas! Señora, no entiendo...» «¡Pues vete á que te emplumen, mari...!» EL CUERNO se queda hecho un pastel de Roldán; la moza escapa, y la víctima se va con la estupefacción del caso... «Pero, Madrid ¿cómo está?», se pregunta; y al echarse mano al bolsillo, se encuentra sin la cartera. ¡Vaya un debut! ¡Veinte duros de mi vida!, la cédula, la receta de mi suegro y el pagaré del tío Judas. ¡Ay de mí!» Llama á un municipal, le explica la hazaña. Sánchez ríe y le pregunta: «¿Cómo se llama usted?» «EL CUERNO», responde. «Pues, á la Comisaría, por el insulto á la fuerza municipal.» «¡La Comisssssaría! ¿Qué le ha hecho EL CUERNO, hombre de Dios?—exclama—Yo soy EL CUERNO... yo no le falto... soy periodista...» «¿Periodista y EL CUERNO?—prorrumpo el cascudo—; pues eso le falta á la Prensa: un cuerno. Vaya, sinvergüenza, á la Comi...»

Y el pobre CUERNO ha pagado veinticinco pesetas de multa.

¡Oh, Madrid! ¡Oh, venus! ¡Oh, cartera! ¡Oh, guardias!

*

Otra, y van cinco.—La escena en la calle de Jacometrezo. EL CUERNO sale de la del Horno de la Mata. Mujeres paradas aquí, caminando y deshaciendo el camino allá... caras bonitas, rojas, pálidas, rubias, etc., etc. EL CUERNO no sabe á qué fin obedece aquel concurso de bellezas; las mira, tose; se le acercan cinco ó siete, y allí tenéis á EL CUERNO entre las hijas de Eva. «¡Señoras! ¿Ha caído Canalejas?», las pregunta. Y una de las ardillas le dice: «Quien ha caído eres tú, panoli.» «Yo no soy panoli, soy EL CUERNO», murmura amostazado el novel periodista. «¿EL CUERNO? ¡Ay, qué gracia! El que le puse á mi difunto por duplicado—exclama una de las tortugas—. Pues, á ver si nos pones el ídem, cara de seminarista aburrido.»

EL CUERNO huele á quemado, se marcha... y al lado suyo, uno de los del Orden se reía á mandíbula batiente.

¡Cómo está Madrid! La tarea cornuda será pesada.

*

Número seis.—Calle de Alcalá. Un automóvil se echa encima de EL CUERNO. Apenas si el infeliz tiene la suerte de burlar al bicho. Pero de la embestida cae nuestro novato titular y se pone nuevecito. El automóvil para, por fortuna, y la belleza más bella de la aristocracia española más hispana se descubre á través de los cristales... ¡Ay, pobre CUERNO! ¿A quién ha visto? Pues á la marquesa de Squilache, que, en verdad sea dicho, es la filantropía anunciada en todas partes para ejemplo de los caritativos y substancia de la sopa de los pobres.

EL CUERNO se descubre. La marquesa ríe; el automóvil se aleja, y el averiado periodista dice para sí: «¡Recontra! ¡Si es la de Zaragoza, la de la noche del Viernes Santo, que me dió sopa de almendras!... ¡Ay, qué guapa y remozona está!»

Y EL CUERNO salió de este percance con un desgarró en... salvo sea el sitio, debido al auto de la linajuda dama y á la dama de los linajes.

*

¿Aún más? ¡Pobre CUERNO!

La escena junto á Gobernación. Dos personajes. Un pretendiente á concejal y un concejal pretendido.

—¡Oiga usted, García!

—¡Hola, mi amigo! ¿Cómo va?

—Bien, gracias, para servirle. ¿Ha leído usted EL CUERNO?

—¿Qué es eso de EL CUERNO? ¿Está usted de broma?

—¡Qué broma ni ocho cuartos! Pues en las esquinas leo EL CUERNO, y me huele á periódico saliente. Hay más; dicen que una empresa japonesa costeará el periodiquito y va á cornear hasta al flamante Aguilera.

—Hombre, yo soy práctico en política, y eso de EL CUERNO parece un timo ídem.

—Pues á mí me asusta. Figúrese usted (habla quedo); figúrese, mi amigo, que han colocado en la redacción de ese papelote futuro á un truchimán de la peor calaña, pero hábil. El muy tuno alumbró á Pequeñeces y dicen que es un santurrón de sacristías, más terrible que La Cierva.

—¡Bah! No haga usted caso de fanfarrias.

—Pues el otro día estaba ese escritorzuelo mirando la levita de Canalejas, para descubrir en el paño de la ídem hasta los secretos de Milán, amigo.

—¿Escritorzuelo? Yo debo conocerle, porque he conocido en mi Casa hasta al mismísimo Weyler, que es todo lo que se puede decir. ¿Cómo se llama el novato?

—No se sabe. Vino de Alcorcón, y en el pueblo tampoco le conocen. Es un apellido raro, y cuando le preguntan por su prosapia, contesta que es El capitán Nemo.

—Vaya, Fulánez, déjese de tonterías.

—Pues yo le prometo, Sr. García, que si EL CUERNO se mete conmigo, le doy una chapa...

—¿Por qué?

—No sé qué decirle. Me huele el periódico ese á algo grave. Al redactor misterioso le vieron el otro día frente al Ministerio de la Guerra, y hasta le oyeron decir:

¡Ministerio, Ministerio!
EL CUERNO mira con saña
las glorias de nuestra España
envueltas en el misterio.

¡Oh, Destino! Si me dejas
meter EL CUERNO en Madrid,
desafío en franca lid
á don José Canalejas.

—¿Eso dijo?

—Eso.

—Pues, hombre, husmee usted cuándo sale eso, y nos iremos á EL CUERNO para conocer la casa.



¿Hallan ustedes verbos en esta carta?

Señor director de EL CUERNO.

Distinguido amigo: ¡Mi enhorabuena, ilustres redactores de EL CUERNO!

Originalísima idea la de usted, y muy rara hoy en estos tiempos de farsa política y de positivismo.

¡Un periódico honrado sin componendas ni otras miras!... En fin, mi felicitación por tan elevados propósitos.

¡EL CUERNO!, terror de los especuladores de la cosa pública, políticos trashumantes, de conveniencia nada más.

¡Pobre España! La nación de los toros, á plaza por provincia y más de una, hasta dos en Barcelona; y hoy, con EL CUERNO, periódico semanal, garantía de honradez, rico en verdades, aunque amargas, como todas las verdades. ¡Qué nombre, qué título! Aureola de la esperanza en la regeneración de las costumbres; periódico de punta, como ese terrible título... ¡Animo, señores de EL CUERNO; mucho ánimo!

¿Persecuciones, amenazas? ¡Total! Amenazas y persecuciones de gente pusilánime, con la pusilanimidad de los actos malos. ¡No, CUERNO, no! ¡Adelante siempre!

¡Canalejas, Moret, Maura, Montero Ríos, Soriano, Pablo Iglesias, Padres y otros pa-

Ayuntamiento de Madrid

dres negros y no negros! Pues EL CUERNO como el general Kuroki, símbolo de honradez, pureza de intenciones... ¿Y lo demás? Pues... ante ese programa..., la seguridad de la gratitud de los españoles.

Cataluña, Vascongadas, Castilla, Aragón, Valencia, Andalucía, Extremadura, León, Galicia... ¡A EL CUERNO todos! Trabajo, industria y comercio... ¡también á EL CUERNO!

Buen periódico, magnífico programa, personal apto, toreros valientes.

Y el decidido concurso de los buenos españoles.

El mío entusiasta para ustedes, y la felicitación de su buen amigo y adicto seguro servidor,

CERRAJAS

Valencia, 10-XI-911.



Percances telefónicos de "El Cuerno,"

Número 1.—Trrrrrrrr...

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Ah... sí.

—¿Con quién hablo?

—Conmigo.

—Pues la duquesa no ha visto al P. Arnáiz; pero le verá mañana. Me dice lo avise á usted, y diga á Pura que hoy en el Español haga la consabida seña para que mi amiguita Remedios vaya á su palco.

—Bueno... ¿qué más?

—Que guarde reserva de lo de la Currita Albornoz, pues si la condesa sabe que la llamamos Currita Albornoz, nos apaña...

—Bueno; ¿qué más?

—Que diga á Marita que Canalejas echa chispas por lo de la recomendación de usted.

—Está bien.

—Pero, oiga usted... ¿Con quién hablo?

—Pues... conmigo.

—Diga á Virginia se ponga también al aparato.

—¿Virgiiiiinia?

—Sí. Pero ¿usted quién es?

—¿Y usted?

—¿Yo? Pues... el número 18... ¿Y usted?

—El número 27...

—¡Jesús! ¡Si no he llamado á ese número!

—Pues yo he atendido.

—Pero... ¿Quién es usted?

—Para servirle ó servirla... ¡EL CUERNO!

—¡Horror! ¿Qué dice?

—¡EL CUERRRNO!

—¿Está usted loco?

—No, para servir á usted.

—Pero ¿qué es esto?; explíquese.

—¡EL CUERRRNO!

—No entiendo eso. Usted se burla. Yo he llamado á...

—Pues EL CUERNO agradece á usted la equivocación, y vaya al ídem.

Mutis, y á otra.

**

Número 2.—Trrrrrrrr!

—¡Dale con el teléfono! ¿Quién?

—Yo.

—¿Quién es usted?

—Pepita.

—¡Ah, bueno! ¡Venga!

—Diga á Cuca que la espero.

—¿Dónde?

—¿Es usted aquél?

—Sí, soy yo.

—Pues dígala que en Tournié.

—Bueno. Siga.

—Y al salir, iremos á casa del conde.

—Está bien.

—El conde dejará las treinta mil del ala,

garantía y cambio de aquello que ella sabe de la *Epoca*.

—¿Y qué es?

—Cumpla su deber, y dígaselo así á la señora. Lo demás ya lo arreglará D. Salvador Canals.

—¿Y La Cierva?

—Está en el ajo.

—¿Qué ajo?

—Pero ¿con quién hablo?

—Conmigo.

—No conozco ese nombre. ¿No es usted el *ifón*?

—Soy... ¡EL CUERNO!

—No se burle, soez, descarado, malandrín; y va usted á quedar despedido.

—¿Yo? A mí no me despide España entera.

—Pero ¿qué número es el suyo? Yo creo que en la Central...

—Señora marquesa... ¡Soy EL CUERNO; ese periódico...!

—¡Horror! ¡Por Dios, calle!

—No puedo, señora. Lo que EL CUERNO engancha algo queda.

*
**

Número 3.—¡Trrrrrrrr!

—Pero, ¡señor! Estoy escribiendo acerca de Maura y... ¿otro aviso?

—¿Quién va?

—Dígale corriendo á *España Nueva* que Soriano ha visto á la Marionette en París, y va bien *aquello*.

—¿Qué es aquello?

—Pues el pisto de Valencia.

—¡Oiga usted! EL CUERNO no quiere *pistos*.

—Si no le he llamado á usted... ¡Esa Central!

—Pues, adiós y disimule... EL CUERNO calla y... escribe.

—¡Horror!



En aquella casa

Animoso, flamante, decidido y puntiagudo, el señor don CUERNO, campando por sus respetos, se introduce airoso y valiente en el ministerio de Instrucción pública, con la sanísima intención de ofrecer sus respetos corniles al doctor Jimeno, para que aplique reconstituyentes, tónicos, vomitivos, cantáridas y demás porquerías de Farmacia á la enseñanza española enferma, gravemente enferma, por padecer serias complicaciones. No es EL CUERNO muy adicto á doctores; un tanto malicioso, se le antoja que tales galeños se hallan subvencionados por las empresas fúnebres, que han menester clientela. No frunza el entrecejo el buen D. Amalio: en toda regla existe excepción, y hay médicos inofensivos. Por ejemplo, un Vital Aza, incapaz de extender una receta ni de flores cordiales. En cambio, un amigo suyo administraba á porrillo su *ciencia* entre los chiquillos de cierta guarnición, que tenían la dicha de volar al cielo, mereciendo el enviador el calificativo de *Herodes del regimiento*. Pero dejemos digresiones cornudas y al grano, simplemente al grano: no quiero que por mezclarse entre conspicuos doctores, se convierta en cáncer. Mis deseos llanamente son, con franqueza cornúpeta, después del ceremonioso saludo de rúbrica (los cuernos somos cortes y finos: lo mismo nos colocamos en forma de turulla, en la desgarrada boca de un pastor, para reunir las ovejas blancas como la nieve, ó manchadas cual la conciencia de un político de *raza*, que pulidos, cincelados por la diestra de hábil artista, lucimos de oro, plata y marfil, los cuernecitos, pendientes hasta tocar el abdomen á veces de rubicundos personajes, de las cadenas-del reloj, ó entre los cabellos rubios, más ó menos auténticos, de elegantes y aristocráticas damas, que honran cuanto huele, aunque sea

á cuerno quemado). Ay, D. Amalio, perdóname, me salí del *tiesto*, ¡uf, se me traba la lengua!, del texto. Pues... sí... decía... que después de tres cornadas de saludo, ansiaba platicar con usted á la pata la llana, sobre algo de enseñanza. ¿No es verdad, señor ministro, que hay mucho en la Dinamarca del ramo de usted, que apesta á podrido? Doctor, un desinfectante. Las causas primordiales radican en los tiempos de D. Alvaro (no de Bazán) alias, el cojo del mendero), de San Pedro, no el que abre las puertas de la bienaventuranza, sino el que las cerró á piedra y lodo á la enseñanza, el Atila de las Normales, el que diagnosticó Esquerdo, padecía monomanías persecutorias de expedientes, de Pascual (no el bailón), el andaluz chirigotero, que tuvo la feliz ocurrencia de *sembrar*, como él decía, la sal y la alegría personificadas en las maestras de la tierra de María Santísima, por toda España, con el contentamiento de los pedáneos andaluces, padres de las agraciadas criaturas. ¡Oh misterios electorales! Y data el mal de la época también de Barroso. ¡Faltaba para tapar una espuerta de barro!... ¿Pero cuántos ministros de Instrucción en menos que canta un ronco gallo? A manera de meteoros destructores cruzaron los referidos señores por el campo de la enseñanza española. Volvieron las obscuras golondrinas, ó semejante á golondrino; tornó el travieso conde, acompañado de su fiel Sancho Panza, Brocas, al palenque ministerial; rompió varias lanzas, hubo cadáveres, cometió desaguisados y entuertos, y la discordia, la guerra intestina, estalló en Instrucción pública. A pesar de la estatua, que á costa de un día de riguroso ayuno garbancil, de los maestros rurales, se dedica á Nabuco, ó Romanones, el prócer alcarreño abrió la caja de Pandora, al abandonar su ministerio, ¡y vaya una zapatiesta!... En Justicia, el venerable San Pedro, ansioso de congratularse con el conde, fundó el *asilo* de San Pedro y San Alvaro, vulgo *Escuela Superior del Magisterio* para hospitalidad de los lisiados menesterosos, de ambos fundadores.

Pero, se impacienta mi D. Amalio, tose significativamente, y EL CUERNO, discreto, se despide con una cornada, prometiendo volver á la presencia del doctor Jimeno.

BERNESA DE TORIO



LA MANIGUA

¡Quejas á "El Cuerno"!

Por las calles de Madrid queda prohibido que las señoritas y señoras decentes vayan solas. No es posible mayor finura que la de estudiantes, horteras y desocupados, viejos y jóvenes, de toda clase. Las obsequian con unos *piropos* dignos de rifeños y peor, mucho peor.

Las víctimas agraviadas, agárrense á la protección de EL CUERNO, y á educar á esos salvajes.

*
**

En casa Tournié... chocolates á peseta y camareros á granel.

*
**

En la calle de... ¡Viña P! ¡Viña H! ¡Gato Negro! ¡La Defensa Social! ¡El Español! y en pleno día... ¡exhibición de la trata de blancas! para honor y gloria de marquesas, duquesas, condesas y *todas esas*.

*
**

Dice un respetable municipal, que al primero que en su *señorio* venda y pregone EL CUERNO, le divide de un puntapié en el... ¡Horror! Procuraremos saber quién es para rodearle de CUERNOS y que se los lleve á su *señor*.

*
**

Ayuntamiento de Madrid

La señora de Icurbe ó Zurrurbe nos ha de otorgar permiso para que en el portalón de su casa se venda EL CUERNO, porque el periódico hace falta para moralizar un «cine» que no está lejos.

*
**

En la Plaza Mayor, á los pies ó patas del caballo de Carlos III, se venderá EL CUERNO, pues el augusto rey quiere que EL CUERNO se oiga en toda España.

*
**

Pulgas peligrosas las hay de todas clases y edades en las principales calles de la corte. Tiernecitas, en la Puerta del Sol... ¡Es chistoso!

—¡Caballero, caballero! ¿Quiere el *Heraldo*, la *Corres*?

—Trae y toma el perro chico.

—Venga y... ¡si usted quiere venir conmigo!

—Vaya usted, nena, á EL CUERNO.

¡Jesús! ¡Cómo está Madrid!

*
**

Opinan algunos que á la puerta de la Academia Española no debe vocearse EL CUERNO para no ofender á los de *limpia*, *fija* y *da esplendor*.

Pero, señores, y ¿en qué pueden ser ofendidos?

—¡Oh! En lo más recóndito de sus preciadas inteligencias, y alegan que donde está la estatua de María Cristina no caben bien los de EL CUERNO.

—¡Jesús, qué ocurrencia!

*
**

Se quejan otros de que EL CUERNO no distinga si es el de la izquierda ó el de la derecha.

Pues, según. Es un CUERNO que varía de sitio. Puede salirle por la derecha á unos, por la izquierda, á otros... según como convenga.

*
**

Ha muerto López Domínguez. Que descanse en paz.

Estamos á la vista para cuando salga la prebenda vacante, y si alguno quiere los honores de la sucesión... ¡acuda á EL CUERNO!

*
**

Dos cardenales se alborean en España. EL CUERNO presiente los suyos, porque le han amenazado con un millón de palizas.

*
**

Y... ¡amén! Hasta el otro número, señores.



Telegramas y cable... idem

Barcelona, 11 (4 m.).—Dicen Cambó perniquebrado. Lerroux, sediento, con peritonitis. Salgo informes farmacia Massó Arumí.

León, 10 (20).—Calzada prepara viaje esa. Merino, pastillas calma tos Municipio. Frío que *pela*. Expectación CUERNO. Alcalde, inquieto, amenaza cornudos. Alarma general.

Valencia, 10 (7).—Radicales temen EL CUERNO. Alarma Rat Penat y círculos. Arzobispo pregunta. Azzati huele. Corresponsal, oculto sombras noche. Teme paliza. Manden parte ronda cornífera.

Barcelona, 10 (13).—Cambó, rectifico enfermedad; posterior parte, delicada. Emplastos producen mejoría renal. Lerroux, grave. Marianao salda liquidación.

Sevilla, 10 (16).—Saludan 14.000 sevillanos aparición EL CUERNO. Plaza, Hena. Cuadrillas, á punto. Montes cubre sombra suya Guadalquivir.

Ronda, 11 (17).—Aparición EL CUERNO, hecatombe. Dicen *peste bubónica*. Comunicaré detalles.

EL CUERNO no completa la sección; que en el número próximo será... ¡cuerna!

No habrá servicio mejor que el de EL CUERNO para las informaciones cornudas de toda España.



¿En qué compañía sale "El Cuerno,"?

Muy agradable, estimados colegas:

¿Quiénes son? ¡Ahí va!, Oiga usted, El Mundo Gráfico y... ¡La Noche!

¿Y con ellos EL CUERNO?

¡Cáspita! Pues... ¡Oiga usted!, EL CUERNO, ¡Ahí va!, El ídem; el Mundo Gráfico. ¡También para gráfico EL CUERNO! ¿Y La Noche? ¡Oh, sombra de la Prensa! ¿La Noche, de España? Pues de día y de noche, y á todas horas

¡EL CUERNO!



OCURRENCIAS

A Mella le admiro. Reconozco en él al político honrado. Ha dado al Tradicionalista todo cuanto vale, y vale mucho. Pero la comunión tradicionalista le ha dado también lo que le sobraba, y le sobran unos mamelucos que van tras de Mella para cegarle con sus elogios, y acaso, acaso, otras intenciones persiguen.

Porque... ¡cuidado que tiene mamelucos el tradicionalismo! ¿Cuándo entrará D. Jaime por la Puerta de Alcalá? Cuando España tenga un *requeté* por cada mil ciudadanos, y eso es muy *requetedisparatadito*.

¿Y una vez entrase el Señor...? Pues más le valdría no entrar. Con la gente que lleva, ni á la Bombilla. Hay sus excepciones, muy pocas.

Cuando cierto cónsul americano vió desfilar ante su vista la *escuadra* española de Cámara—Pelayo, Carlos V, Rápido, Patriota y Giralda—, camino ó ruta de Filipinas, cablegrafió al Gobierno de los Estados Unidos: «Van dos *buches de guerra*; lo demás... ¡basura!»

Yo no aplicaré este *terminito* á los *requetetradicionalistas* en general, porque, repito, tienen honrosas excepciones. Pero sí afirmo rotundamente que la *hojalata* abunda entre las boínas, y lo que *sucedió* se repetirá siempre. Zumalacárregui lo predijo en su lecho de agonía á D. Carlos. Lo confirman Vergara y Lácar. Lo comprobó Cabrera; y hoy, si la suerte de los tiempos llevara contingencias... *idem, eadem, idem*.

Y vamos al caso. Reservaba EL CUERNO su *tremebunda* *confidencia* para el día de Inocentes. Pero como la *escuadra* española *peligra*, y tal vez las del mundo enter, cumple EL CUERNO un deber anunciando á los Poderes públicos que los tradicionalistas, digo, algunos *requetetradicionalistas* saben que un *conspicuo* *requetechiflado* tiene en su poder una bala pequeña, cuya virtud explosiva es bastante para hundir toda la *escuadra* junta... ¡Horror! No dicen si en los abismos del mar ó en las profundas ondas del Manzanares. Ese *conspicuo* enseñó á cierta persona la tal *balita*, y con ademán entusiasta anunció el *proyectil terrible*. Yo siento la fuerza de ese *animalucho* *requetetorpedo*, porque si explota en el *archivo* de tesoros tradicionalistas que su *feliz* poseedor tiene, volará la casa y hasta toda la calle de Claudio Coello

y el barrio salamanquino enterito, cuya pérdida sentiríamos.

Y aún peor. Si ocurre el percance á la hora del té con pastas y copas de Jerez, es también seguro que volará Mella á los espacios sin fin por donde marcha su imaginación soñadora, y de una vez irá el célebre orador á la paz eterna.

No; esa bala debe remitirse á la vivienda de D. Jaime, para que desde allí destruya Europa, evitando la conflagración que hoy se anuncia, ó se la regale á Italia para que saque á los turcos de Trípoli, ó la traiga á EL CUERNO con el fin de que vayan al ídem *requetés*, socialistas, anarquistas, republicanos malos, monárquicos *ful* y esa multitud política que ha transformado nuestro país en la Jauja de los malandrines y follones.

Es una bala perdida la que custodia Perico, que puede costar la vida á ese *cacho* de... borrico.

Su seguridad inmola y sus intenciones lleva.

¿Si querrá ponerla á prueba con nuestra *escuadra* española?

En España, el afán de *politiquear* lo invade todo. Si cada español pudiese dar un golpe de Estado, otros tantos golpes como españoles sufriríamos.

EL CUERNO nace con la suma independencia de un periódico que se debe al partido nacional. ¿Cuál es el partido nacional? El que ostente y practique un programa honrado, el bienestar y la regeneración de la Patria, ni más ni menos, ese será digno de que EL CUERNO le aplauda.

Todo periódico persigue un fin, ó fines muchos de ellos. Nosotros no aceptamos ni componendas ni *otras cosas*. Nuestro lema es la censura de lo malo para que resplandezca lo bueno.

Y vamos con Blasco Ibáñez. El autor de *Arroz y tartana* se fué á la Argentina para comer el primero *gratis* y pasear la segunda ídem. Cansado de estar *entre naranjos*, quiso llevar la *Barraca* al Chaco, con infelices admiradores, muy duchos en el arte de escuchar á esos *papanatas* de la *vocinglería* radical.

Y Blasco Ibáñez, *otro patriota*, dice para sí:

Mi señorío feudal con la gente valentina en Valencia me va mal. Pues me llevo á la Argentina la mesnada radical.

Rodrigo Soriano, Perezagua, Pablo Iglesias, Azzati... ¡Oh, los *redentores* de la clase obrera!... ¡Pobres obreros!... ¿Y Lerroux? La demagogía de esos señores la compara EL CUERNO á una sartén de asar castañas. La sartén se agujerea, luego se pone al fuego, se asan las castañas, se comen... ¡qué ricas! Y la sartén se cuelga hasta... otra vez.

Nada más por hoy. Se recomienda interinamente que viajen los *apóstoles de la plebe* con más economía, coman ídem y fumen *modesto*. *Dinero de sudores* no debe aplicarse á lujos políticos.

Azcárate es una *sonaja de cátedra*. Muy guapo en honradez y muy feo en su caciquismo imposible.

Esos leoneses son así... ¡como Merino! Don Gumersindo y D. Fernando... pero no, no sale el responso en prosa, y aplicaremos la *musa* cornífera:

Don Gumersindo y Fernando, con sus hechos van probando que tocan el violón los que bailan el *fandango* en la ciudad de León.

R. Soriano, P. Iglesias, Perezagua y otros *monagos* radicales, han *despotricado* en Fran-

cia contra la *inquisición española*... ¡Recontra! ¡Acudir al extranjero, y... á Francia, en los asuntos de Cullera! Y no comprenden sus secuaces, *inocentes, los de abajo, los que pagan*, que en pobre concepto les tienen sus señores cuando, faltos de fuerza aquí, se van allá en busca de auxilio. Pero... ¡si un viaje gratis á París es tan dulce! Y luego, como la Internacional manda... hay que obedecer. ¡Canalejas! ¿Canalejas, inquisidor?... ¡Uf, qué risa!

*

El Correo Español, sin novedad. *Requetés* y más *requetés*. Salsa contra Canalejas; curas y más curas y ostentando su *exclusiva católica*.

El P. Campaña, *cantor del martirio de Santocildes* en Peralejo, no se ha retractado aún de su *lapsus*, colocando al valiente salvador de Martínez Campos entre los *mártires de la Causa Tradicionalista*. El romancero Padre Campaña recuerda las sesiones literarias y *músicas* de la Flaquer, y en El Correo Español suelta unos resoplidos liberales... En fin; ya entrará EL CUERNO en la celda del escolapio para sorprender su *ascetismo* y horribles *penitencias*.

*

Hemos pedido ingreso en la Escuela Superior del Magisterio, y, conforme á ley, quieren que EL CUERNO haga oposiciones. Y cuando los opositores, ellos y ellas, vean EL CUERNO... ¡horror!

En el número próximo diremos algo de las aptitudes de EL CUERNO para esos ejercicios. No sé si será bien recibido por la Carmen Rojo, la Carmen de Burgos... y demás *cármenes*. ¡Aunque galante como EL CUERNO, ninguno!



ADVERTIMOS

EL CUERNO es singular. De este modo no se ofende la dignidad de los casados y casadas. EL CUERNO no quiere ofender á nadie.

El marido lo compra; la mujer, ídem. Y uno á otro lo leen, lo enseñan, sin que se admitan *alusiones*.

EL CUERNO pertenece ya al Casino de Madrid, á la Peña, al Ateneo y á todos los Circulos políticos. Lo difícil será conocer á ese personaje, porque no se anuncia.

Y va detrás de ingresar en la Academia Española, de la Historia, de Ciencias, etc.



MEEELILLA

De la guerra de Melilla EL CUERNO nada predice; en esa *cuestión* se calla, pues su carácter reviste gravedad notoria y suma, y Canalejas nos pide discreción y gran cuidado en todo lo que se escribe. Aunque es pensar que Luque su *plan bélico* consigue y aguarda la primavera para ponernos al quite. El mismo García Prieto un buen éxito nos mide para encauzar sus *gestiones* y que España no peligre.

EL CUERNO lo sabe todo, y de paciencia se viste hasta decir *en su día* lo que hoy no se permite. Y... ¡mutis!... hasta la vista, si el célebre CUERNO vive.

LAGARTIJO

LA PELEA

EL CUERNO ha puesto su candidatura anunciada, aunque por órdenes recibidas de la gobernanza, se suprime, numeroso público presenta por ese personaje misterioso; y como lo desconocido causa curiosidad, creen que ha en-terado en Madrid... el mismísimo kaiser, con sus *hulanos*.

—¿Quién es EL CUERNO?—se preguntan, y... ¿cómo lo sabe.

Pues EL CUERNO pasea por la Carrera de San Jerónimo, calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle de Preciados; visita el Casino, la Peña, los cafés, el Suizo, y hasta Casa Labraña; de todo se entera, á todos mira, y por ninguno es conocido.

Sin embargo, EL CUERNO dió al P. Coloma instrucciones que armaron la baraúnda de *Periódicos*. Conoció á Sagasta y acompañóle las *Cuatro calles* repetidas veces, cuando el viejo *servidor* de la Monarquía exclamaba: *¡Esto se va!* EL CUERNO vió caer aquel ramo de flores que salpicó de sangre el coche regio-ando las bodas reales. Asistió á las angustias de Maura, al *susto* de La Cierva cuando la *perdida*. Consoló á Moret en los días del *amargura* y sigue á Canalejas, midiéndole los pasos, como *admirador* del novel estadista que colocó á España en el rango de *prima potencia* europea. EL CUERNO ha ido á Melilla para estudiar el arte bélico de nuestras tropas, las *defensas*—dicho sea de paso—suplen con su valor sufrimiento las deficiencias de una *línea* poco meditada. Y EL CUERNO, después de hallar en su regreso *otra Madrid, enteramente distinto* cuando él lo dejó, cumple hoy su misión lanzándose al palenque, lleno de *pesadumbres* y *gozadas*, aunque decidido á cuanto en su empresa se le encargue.

Se halla horrorizado de la corrupción de costumbres, y halla en la corte una *afeminación* que contrasta con el carácter viril de los españoles. Se admira de *tantos* y *tantos* partidos políticos como aspiran á *nuestro bien*, y deplora que los presupuestos no alcancen para contentar á unos y á otros.

Extraña el abuso de la *pornografía*, que lo invade todo y nos conduce á la vergüenza de una vida completamente pasional y nula. Y cuando ve que las mutaciones obradas en su estudio, que cree no ser posible *de la bueno*, si pronto, y muy pronto, no se normaliza el modo de ser de esta sociedad vana y frívola.

No hay comunión política posible—se entienden, buena—si las bastardas ambiciones la caracterizan. Donde no existe el sacrificio, es imposible la buena obra.

Y hasta los Gobiernos, por muy excelentes programas que anuncien, no se ven secundados. Las costumbres imposibilitan nuestra regeneración.

Así, EL CUERNO también nota que muchísimas personas honradas cuyo concurso político era meritorio y útil, se retraen, porque los *partidarios* no quieren *estorbos*. Existe una *masa de población* que permanece neutral, desgajada de política, y la que cree ver muy próxima la ruina de España.

Verdades son éstas que EL CUERNO anuncia. Y aunque el mal es grave, debemos creer que todo mal tiene su remedio, excepto la *pié* muerte.

EL CUERNO así también lo cree, y aunque crítico, la sátira reviste distintas fases, siendo unas y otras panacea de salud, cuando se inspira en la recta intención de procurar lo bueno, censurando lo malo.

Hora es de que España despierte. Sus fuerzas no se acabaron. En la nueva etapa histórica que se avecina, acaso, y sin acaso, por débil que nuestra Patria se halle, pudiera muy bien aprovecharse del quebranto de las naciones débiles, que la Historia nos enseña mucho.

Por lo dicho, hablando ahora un poquito se-

rio, conviene que en la Prensa se prescindiera de banderías alguna vez para sacrificar los particulares intereses al bien de la Patria.

EL CUERNO persigue un fin, y es el de escribir verdades, sean ó no amargas.

A lo menos, no se le tachará de *otra cosa*.

PEPE-HILLO

ALELUYAS

Si quieres vivir dichoso, hazte amigo de Barroso.

Los políticos *altos* admiran á Romanones.

Las jóvenes y las viejas adoran á Canalejas.

Es el *nene* de Moret el *simpático* Gasset.

Para pólvoras y estuque vale mucho el señor Luque.

Nuestra escuadra *colosal* pertenecerá á Pidal.

Y á todos les pone freno el caballero Jimeno.

Es el marqués de Alhucemas el ministro de los *temas*.

EL CUERNO saluda á tales políticos liberales.

Los políticos con caña pescan todos en España.

Y si sale algún despojo... ¡para el restaurant del Cojo!

Para chorizos y queso, el comedor del Congreso.

Y si queréis pavo asado, los salones del Senado.

Para jamones con líos, el señor Montero Ríos.

Y nos traerá á España luego, un *gabinete gallego*.

Me parecen ruiñones todos los conservadores.

Cura Maura su desdicha con sobreasada y salchicha.

Y EL CUERNO se aburre y calla al mirar tanta morralla.

Los malos van al infierno y la Patria se va á EL CUERNO.

Visitas de "El Cuerno,"

Ha empezado las de rigor, con la dificultad única de que al anunciar su nombre... ¡pasma!

Palacio de X...
Portero.—¿Qué quiere usted?
—¿Está la señora marquesa de...?
—Suba usted á mayordomía.
—Vamos allá.
—¿El señor mayordomo?
—Servidor de usted... ¿Qué desea?

—Una audiencia con la señora marquesa.
—¿Su nombre?
—EL CUERNO, para servirle.
—¿He oído mal? ¿Quién dice?
—EL CUERNO.
—Ese nombre no le conozco en el calendario.
—Yo tampoco.
—Hombre, dispense usted, pero... ¿su nombre de pila?
—EL CUERNO, y su profesión, periodista.
—Pues no puede anunciarse su *nomenclatura*.
—¡Vaya! Anuncie usted á D. Cornelio.
—¿Viene usted á divertirse?... ¿Qué desea de la señora?
—Ofrecerla mis respetos y algo más, porque deseo informarme de cómo funciona esa admirable Congregación del Ave-María, y recomendarla en mi periódico al mismísimo padre Arnáiz, director de las *millonadas de antaño*, con destino á caridades.
—Pues vuelva mañana y tendrá señalada audiencia.
—Servidor de usted. Disponga de EL CUERNO.
—Beso su mano.

**

Ministerio de...
¿Está el ministro?
Portero.—No se le puede ver. Será preciso que le pida usted previamente día y hora.
—¿Y el secretario particular?
—Ese señor, sí. Pase usted á la sala y espere. ¿A quién anuncio?
—A EL CUERNO.
—¿Su yerno?
—No señor... ¡EL CUERNO!
—Ese nombre, ó lo que sea, no se admite en los centros oficiales. Diga usted su verdadero nombre.
—Cumpla usted con su deber, portero, y anuncie á EL CUERNO, *periodista*.
—¡Ah, recontra! ¿Es usted el de las esquinas?
—¿Cómo el de las esquinas?
—Sí, hombre, el de la candidatura.
—Bueno, pues anúncieme...
—Pase usted.
.....
—¿Señor secretario?
—¿Qué desea?
—¿Podría ver al ministro?
—Está sumamente ocupado hoy. Si puedo complacer á usted...
—¡Soy EL CUERNO!... Ese periodista...
—Sí, sí, y ¿qué desea?
—Que se me reconozca la condición de chico de la prensa, á los efectos oportunos.
—Concedido. Disponga usted y sabe lo mucho que á la buena Prensa se le atiende.
—Gracias, pero los servicios de EL CUERNO se deben á la verdad.
—¡Ah, ya! Y ¿de qué color es usted?
—Blanco.
—No, hombre, me refiero á su filiación política.
—Neutro.
—Neutro, nada significa.
—Pues, secretario y muy señor mío. Yo soy neutro con doble n. Y en este ministerio deseo *neutralizar*, como en los demás, la acción administrativa, primer ideal *cornífero*.
—Bueno, pues si usted quiere pedir al ministro una audiencia, tendrá sumo gusto en recibirle.

Y EL CUERNO sale de allí apuntando en su librito: *ciento doce* pretendientes, que van á ver al ministro; empleados á granel, de más ó menos servicio; murmullos, corros, señoras y señores de buen pico, y trescientos funcionarios que todos son buenos *chicos* para cobrar cada mes los sueldos de sus destinos.

RESTAURANT

DE

EL CUERNO

Aperitivos originales,
sabrosos y de gran consumo

Plato del día: Pepitoria de gallina á la Reverte

En este establecimiento y por cinco céntimos plato, se come de todo. Patatas Lerroux.—Tortillas Rodrigo Soriano.—Pollos á lo Gasset.—Lenguados Melquiades Alvarez.—Faisanes Canalejas.—Empanadas á lo Romanones.—Pisto Pablo Iglesias.—Torrillas Padre Garzón.—Merluza á lo Moret. Besugo con salsa Maura.—Sardinas La Cierva.—Albondiguillas Loreto Prado.—Crema Padre Montaña.—Flan Barroso... etcétera, etc.



¿Quieren comer bien y tierno,
platos buenos, exquisitos,
fiambres, asados, fritos?
¡Vayan ustedes á El Cuerno!



Sombreros de señora Talleres corníferos

Han venido las últimas novedades de París y Viena. Madame Longineaux ofrece «El Cuerno» á sus clientes.

Sombreros de un metro, cincuenta centímetros alas, con plumas de avestruz.

Elegantísimo de dos metros ochenta, forma originales manchega.

Ultimo modelo, Napoleones con gancho. Muy convenientes para los teatros y cines.

Gorras de plato con flores de Nápoles.

Sombreros católicos, con aprobación eclesiástica.

Idem republicanos con ídem de los redentores de los derechos sociales.

Cucuruchos elegantísimos para cabezas especiales.

Sombreros de *pedida*, con toda suerte de atractivos.

¡Vayan, señoras, á El Cuerno!

EL CUERNO

Periódico semanal satírico, **morrocotudo**, **irresistible**, capaz de **cornear** á todo lo malo, y hará **pupa...**, ¡mucho pupa!

No quiere **prebendas**, ni **gabinetes negros**, ni **composiciones...** ¡Vayan á **EL CUERNO** con **monadas** si quieren **hule!**

¿Que no se vende á nadie **EL CUERNO**? Sí, señores, sí. Se vende, á todo el que lo quiera, por

➔ **CINCO CENTIMOS EN TODA ESPAÑA** ➔

¡Probad un **poco** de **EL CUERNO**, y veréis, notaréis, calcularéis **á lo que sabe!**

EL CUERNO, cada semana, ha de **zurrar** la "**pavana**" al que se atreva con él. Es un **Cuerno** de papel que á todos los cuernos gana.

Madrid.—Oficinas y Administración: **CONDE DUQUE, 10, pral. derecha**